

## EDITORIALES

---

### LOS DEFECTOS DE LOS NIÑOS

Un pedagogo francés, el Prof. Gilbert Robin, acaba de publicar un reflexivo libro titulado con toda ironía "El Niño sin Defectos," y cuyo contenido no puede menos de interesar a todos los interesados en el gran problema que siempre plantea la infancia. Para el autor, por defectos se sobreentienden las diferencias que existen entre el niño y el hombre, diferencias esas que muchos no acaban de reconocer. Disociados los orígenes de las mismas, se encontrará su asiento casi siempre en faltas de educación que hay que reformar, o enfermedades que hay que curar.

Entre esos defectos, papel principal corresponde a los llamados legítimos, o sean reacciones de defensa, que hay que respetar. Entre ellas, figura el miedo, que aparece desde las primeras semanas de la vida, y constituye un verdadero instinto. Sus causas son a veces fortuitas, y casi siempre exteriores: ruidos, trepidaciones, luces súbitas, accidentes, explosiones, tormentas, agresiones, etc. Otra causa sería procede del medio ambiente, pues se asusta al niño en juego, pretendiendo, a oscuras, que salen fantasmas, o se le espanta con historias de bandidos o de espíritus. Además, hay las escenas violentas de familia, y los primeros signos de la sexualidad. La importancia de esas causas varía según el terreno, o sea la constitución emotiva, que tiene la herencia por base. Una ascendencia de psicópatas explicará por qué un niño es más susceptible al temor que otros, y de ahí las pesadillas, las noches agitadas, y el llanto nocturno. La debilidad física, proveniente de la debilidad general o de una infección, aclarará otros casos. La ansiedad constituye otra forma del temor, y Freud ha consagrado a ese asunto mucho estudio.

Otra manifestación infantil que parece anodina es la agitación y, sin embargo, debe ser minuciosamente analizada, pues puede constituir un signo morboso, reconociendo por causa en el fondo una estabilidad, bien hipomaniaca, debida a una perversión de los instintos, o epiléptica, afásica, subcoreica, o cerebelosa; y por fin, quizás sea un signo de retraso intelectual. La cólera del niño denota el despertar de sus emociones, y es muchas veces la primera reacción afectiva: la primera protesta contra la vida; muchas veces alentada por los mismos padres, que la primera vez que oyeron llorar y gritar al chico se precipitaron a consolarlo y protegerlo. Otras veces, el fenómeno es patológico, y traduce una emotividad morbosa, fruto de los primeros contactos con la existencia. También, a veces puede

observarse la cólera de los impulsivos: la epiléptica y la maniática, que llegan hasta el furor. Los niños agobiados por una tara alcohólica, morosos y rudos, parecen estar siempre en vela de la ocasión para estallar brutalmente. La desobediencia, en la mayoría de los casos, indica el carácter de los padres más bien que el de los hijos, y equivale a una protesta contra el despotismo paternal. En otras palabras, desobedecer equivale a tener personalidad. El niño en esos casos puede haber sido víctima de injusticias inconscientes, por ejemplo, preferencia hacia otro hermano, castigo sufrido por equivocación, indiferencia paternal, etc. Los pequeños muchas veces no comprenden la necesidad de un acto que se les impone y, naturalmente, reaccionan por medio de la desobediencia. En ciertas ocasiones, ésta constituirá un trastorno morboso, y hay que buscar su causa en la inestabilidad, la debilidad mental, y las secuelas de ciertas dolencias. Cuando se trata de un perverso, es tan polimorfo, que busca todas las salidas, y señala los comienzos de la indisciplina y de las revueltas. En otras palabras, la misma constitución individual no permite que el niño se adapte a las condiciones normales de la existencia.

A otro género de ideas pertenece la gula, que a veces no es más que una necesidad impuesta por el rápido desarrollo o por ciertas idiosincrasias que impulsan a preferir ciertos alimentos y rechazar otros. En ciertos casos, la causa se remonta a los padres mismos, que miman al niño y le ofrecen como recompensa ciertas golosinas. También, los melindres de los chicuelos pueden representar una constitución nerviosa e histérica, y en esos casos conviene buscar los síntomas concomitantes, a fin de descubrir la subyacente debilidad mental, manía o epilepsia. La curiosidad infantil en su forma normal es una manifestación intelectual, pues sin ella jamás saldría el niño del empirismo infantil, pero para muchos padres, y hasta pedagogos, pasa por defecto. Por el contrario, la falta de curiosidad es patológica, y en ese caso debe hacerse toda clase de reservas sobre el porvenir mental del niño. En cambio, hay una forma de curiosidad bastante corriente, que es digna de toda atención, y es la curiosidad consciente de las cosas sexuales, y en particular, con referencia al nacimiento de las criaturas. En esos casos, la ilustración sexual bien dirigida es útil, y las piadosas mentiras o fórmulas ambiguas de los padres dan origen a numerosos trastornos neuróticos. Lo difícil es descubrir en qué momento debe impartirse esa información al niño. Cierto es, que no todas las curiosidades revelan complejos sexuales, pero muchas veces, al analizar, nos encontramos en la pista de trastornos morbosos bastante diversos, tales como psicoastenia, esquizoidia, hipomanía y, sobre todo, ansiedad, pues hay psicoasténicos precoces, cuya duda no tiene más que un lenguaje para expresarse, y es la curiosidad. En otros casos, la curiosidad morbosa es un signo precursor de la demencia

precoz, y encontramos niños afectados de agitación intelectual y de crisis hipomaniacas que manifiestan la fuga de las ideas habitual a tales estados, en forma de innumerables interrogaciones que no esperan respuesta.

La mentira, nos referimos a la voluntaria, es muy natural en los niños que viven en una atmósfera familiar del mismo género, o de cortesía exagerada que se esfuma en embustes, pero el gran proveedor de la mentira es, sobre todo, el miedo. La mentira es a veces involuntaria, pues normalmente en el niño existe una actividad mítica que los grandes no comprenden, y también hay embustes que no pasan de ser errores. El robo debe atraer la atención de los padres, no tanto porque implique la noción del delito, sino porque es un revelador de la personalidad, y patentiza ya un conflicto en un alma tierna, o una anomalía de la inteligencia o del carácter. En esos casos, se impone una encuesta psiquiátrica para descubrir la causa y aplicar la prevención. La pereza siempre reconoce también una causa, y a menudo se llama así a lo que en realidad es exaltación, alegría de vivir, y otras veces lentitud psíquica que anuncia profundidad de la reflexión, espíritu crítico y deseo de perfección. A veces esa pereza procede de encontrarse el niño en una esfera superior a la que le corresponde, y muchos niños llamados perezosos, se convierten en excelentes trabajadores si se les rebaja en una o dos clases y, por el contrario, otros no muestran celo más que al ascenderlos a otra clase. La supuesta pereza intelectual puede también reconocer una causa física, y tener por base una sordera desconocida, vegetaciones adenoideas, insuficiencias glandulares, secuelas encefalíticas o una constitución epiléptica, y tal vez una paranoia o demencia precoz. También hay perezas temporales, por ejemplo, en los niños que atraviesan una depresión constitucional. El mejor remedio de la pereza consiste en colocar al pequeño en un medio intelectual, afectivo y social en donde la pereza no tenga razón de ser.

El orgullo se confunde en los niños con una vitalidad ardiente y rápida, y hay que esperar a que se separen poco a poco del universo de fricción que habitan, para juzgar si se trata de una verdadera exageración permanente. Hasta cerciorarse del punto, no debe tratarse de socavar un fenómeno que puede constituir una cualidad, pues con humillaciones no se inculca el sentimiento de la dignidad personal y del valor intelectual y moral. No hay que olvidar, sin embargo, que también puede asentarse en una paranoia o una debilidad mental, y traducir a veces una ansiedad que escoge esa manera de ocultarse.

Pasemos ahora a uno de los puntos más delicados: los malos hábitos. Las causas de la masturbación infantil son numerosísimas, y a veces difícilísimas de precisar. Antiguamente se solía creer que el onanismo daba origen a una debilidad de la voluntad, atribu-

yéndosele parálisis general, epilepsia, corea, demencia y demencia precoz; pero hoy día reina la opinión contraria, y el onanismo no es considerado más que como un síntoma, aunque conviene reconocer que puede acarrear consecuencias malas. Para ciertos autores, el onanismo infantil, más bien que signo de apetito sexual anormal, denota una insuficiencia sexual. Las causas, en realidad, son muy diversas: unas provienen del medio, de la educación, de choques y conflictos afectivos; otras, físicas en general, dimanar de cuestiones de higiene, de dolencias orgánicas más o menos benignas y, por fin, de síndromes neurosíquicos, entre los cuales figuran desde sencillos factores hereditarios, a estados gravísimos de alienación mental. Como el onanismo aporta consigo consecuencias inmediatas de orden físico, intelectual, moral y caracteriológico, debe tratarse de descubrirlo y curarlo.

El interesante libro del profesor francés, aunque a menudo duro para los padres y los pedagogos, traduce una tendencia educativa necesaria, pues por su misma indulgencia tiende a contrapesar ciertas severidades, y contribuirá a alcanzar un estado de equilibrio mejor, en lo tocante a uno de los más importantes problemas sociales, el cuidado de esa personalidad: el niño.

---

#### O ANTI-HYGIENICO APERTO DE MÃOS

Num editorial <sup>1</sup> este *Boletín* chamou a attenção o anno pasado sobre certas praticas ou costumes que melhor estariam abolidas. Mencionamos então entre ellas o beijo e o aperto de mãos.

Um distinguido nygenista brasileiro começa agora <sup>2</sup> outra cruzada sanitaria contra o apertão de mão. Lembra que esse contacto só significa hoje um archaismo cuja origem perde-se na noite dos tempos. Nestes dias as mãos que se apertam não trazem armas, mas trazem, inconscientemente, a doença e a morte, insuspeitadas. Os autores allemães chamam á febre typhoide "*Schmutzige Hände Fieber*," febre das mãos sujas. Nas modernas cidades com bons abastos d'agua os casos esparcos de febre typhica indicam contaminação pessoal. Se um portador de germens não tem um escrupuloso acção antes de sahirem das privadas, dos gabinetes de "toilette," ái dos que lhe apertem as mãos! Se o infectado é padeiro, leiteiro, copeiro, cozinheiro, as mãos contaminarão alimentos, pão, pratos, talheres, e a febre typhoide se propagará.

O tracoma, a doença dos olhos, assim como a conjunctivite gonococica e a terrível septicemia puerperal são propagadas pelos mãos sujas. No Ministerio do Interior, no Rio, havia um livro de assentos publicos que matou, successivamente, os varios serventuarios que o

---

<sup>1</sup> BOLETÍN 8: 362 (ab.) 1929.

<sup>2</sup> Peixoto, Afranio: Sul America 11: 9 (julho) 1930